

Poemas

Juan Felipe Robledo Cadavid / robledo.j@javeriana.edu.co

Conjuro

La muchedumbre se despide, se despide una vez con lentitud,

vuelve a despedirse.

La plaza se queda vacía.

Un adiós queda flotando en el aire, los papeles vuelan sobre cabezas invisibles.

Hay un grupo de soldados empujando a los mendigos, las monedas ruedan sobre el pavimento, en silencio las botas rastrillan fósforos rotos.

No hay árboles que iluminen, que den aire.

El unicornio ha llorado sus ojos en esta tarde de agosto.

Los recuerdos sobreviven con dificultad en las ondas del río subterráneo.

El día está deshecho, el día no canta una *canzonetta*.

Los asesinos saben que pueden aprovecharse del dolor de los embreados.

Los luceros han sido descolgados del cielo,

los pintalabios han manchado todos los pañuelos del mundo.

Un borracho ha gritado su dicha y, sin dudarle, se ha estrellado en la autopista.

Los pollitos que llevaba un camión corren libres y se salvan porque mucho amor han derrochado.

Nadie asoma por el otero, la cerveza está tibia, hace daño en la garganta.

El lunar de la cantante vive separado de ella, se mete en los ojos del fanático.

Y todos sueñan con un viento recio que barra las nubes, que hoy deshaga este conjuro despiadado.

Oscuro origen

De una turbia sensación nacen algunos poemas,

bloques pesados que se van deshaciendo entre los dedos y pueden llegar a ser la pura sutileza, la levedad.

Estos desvanes sucios y oscuros no conocen un oasis de sosiego, la claridad los dejó de lado y ningún héroe los recordará en el instante de la muerte.

Hacen que dudemos de la tarea de hacer versos, nos preguntamos si será bueno ofrendar la vida a este ídolo que no parece cambiar a nadie con su brillo tenue, el temporal doloroso del corazón no alcanza a explicarnos el sentido de este tránsito.

Pero hay florecitas sobre la tumba del olvidado escribiente, mañanas de poemas sin término nos permitieron vivir en paz con los ancestros, y el oscuro inicio de esta canción nos ha dado fuerza para cruzar la llanura.

La poesía es, también, esa mancha de grasa sobre la que el niño dibuja el rostro de su madre.

Juan Felipe Robledo Cadavid